

## EL LUGAR MÁS SEGURO, EL REFUGIO DEL NIÑO JESÚS, ERA EL VIENTRE VIRGINAL Y PURÍSIMO DE SU MADRE

Carta de Navidad 2022- Madre Adela, SCTJM Fundadora

Querida Familia:

Desde ayer el Espíritu Santo me ha estado llevando a interiorizar un aspecto del misterio de la Navidad que pocas veces meditamos. Estando en nuestra capilla de la Casa Madre y contemplando la imagen de la Virgen embarazada a punto de dar a luz al Salvador, mis ojos se fijaron en su vientre virginal, casa sagrada del Dios hecho hombre, morada bellísima y pura, el lugar más tierno y cálido en donde el Hijo de Dios se encarnó y allí recibió de Su Madre, Nuestra Señora, la plenitud del amor materno y humano.



De pronto percibí en mi corazón una frase que me conmovió las entrañas: *“el lugar más seguro y el refugio del Niño Jesús, era el vientre materno de la Santísima Virgen”*. Esta pequeña y sencilla frase me evocó muchos sentimientos y, a la vez, abrió mi mirada a contemplar qué sucedía dentro del Corazón de la Virgen en los últimos días y en la últimas horas antes de dar a luz al Redentor del Mundo y después de nueve meses de tenerlo protegido en la morada de su vientre materno, debía entregarlo al Mundo, un mundo en donde sería recibido por unos y rechazado por otros.

No puedo con mis pobres palabras explicarles lo que experimenté en mi interior. Cuánto amor y cuánta alegría serena y profunda había en el Corazón Materno de la Virgen. El tiempo llegaba para que el Salvador naciera y fuese colocado en el pesebre de la humanidad... y a la vez, ¿podría haber habido en su Corazón un poco de tristeza o temor materno? Ella sabía que el único lugar seguro, el único refugio para el Dios hecho hombre, era su vientre y su Corazón. Ella siempre era su refugio, su lugar más tierno, dulce, luminoso y amoroso. *¿Pero el mundo?* Ese mundo al cual Ella debía entregar al Niño que venía a salvarnos, ese mundo lo recibiría o a partir del momento de darle a luz, ya enfrentaría todos los peligros de la batalla ardua que el demonio desataría contra él, la batalla del pecado de los hombres, de la incomprensión, del rechazo, de la indiferencia, de la burla, de la infamia y de la calumnia.

Ella sabía su misión materna, concebir por obra del Espíritu Santo al Dios hecho hombre en la morada más perfecta, en la cultura más excelsa del amor, su Vientre Purísimo. Ahí todo lo bello que la criatura humana puede ofrecerle al Redentor, lo recibió, lo asumió, lo conoció en Ella y de ella... El mundo lleno de Dios era Ella, Su Madre... Nueve meses vivió en esa “civilización humana” en donde el Dios hecho hombre era amado, cuidado, adorado, escuchado, preservado del mal del mundo... escondido de todo aquello que pudiese hacerle daño. Jesús conoció la belleza humana en su Madre, y también en la generosidad, entrega, prudencia, protección, arduo trabajo y donación total de su padre virginal San José. Jesús conoció desde el vientre de su Madre, una humanidad que tenía un rostro bello, puro, inocente, lleno de virtud... y un corazón que era el hogar más perfecto para Dios. Esa humanidad nueva, esa humanidad bella que se reveló a Cristo, era su Madre.

Al nacer en el establo de Belén, la Virgen sabe que todo tiene un sentido muy claro... El mundo no lo recibía, las casas, los hogares, el corazón humano estaban demasiado llenos para darle un espacio a quien vino a traernos vida y vida en abundancia. Su reino no era de este mundo y, por lo tanto, el mundo no lo entendería, solo aquellas almas humildes y puras a las cuales la lógica de Dios les es más fácil comprender. El mundo seducido por las grandezas, por el poder, por el placer, por la ambición, por el dominio, no comprendería a todo un Dios que nace como un bebé, indefenso, pequeño y que, desde ese establo, desde ese pesebre, ya estaba silenciosamente salvando al mundo.



*Sí, la Virgen sabía que su misión era ser morada de Dios hecho hombre, del Redentor, y darle la morada más bella que pueda existir en la tierra, su Vientre Virginal y su Corazón Materno. Pero, al noveno mes, su misión era darle a luz, donarlo al mundo...*

Donarlo a un pesebre construido por su padre virginal, San José, quien lo hizo con el mayor amor dentro de las grandes escaseces. Lo hizo con lo que pudo, con lo que encontró en ese establo del mundo y con sus propias manos le construyó su lugar de reposo. Pero, el pesebre no dejará de hablarnos de que el Rey nace no en una cuna lujosa o cómoda, sino en la dureza de unas tablas, aliviado por las pajas donde reposaron animales. El pesebre empezaba a mostrar lo que el mundo en su mayoría sería para Jesús... un lugar difícil, árido, frío... Un mundo que su amor redentor salvaría y transformaría en aquellos que abrieran su corazón a la lógica del Reino de los cielos.



Qué duro para Nuestra Madre que había sido el lugar de refugio, el lugar seguro para Jesús, escuchar que Herodes, el Rey a nivel del mundo, quería matar al Niño recién nacido. Ya el peligro comenzaba tan tempranamente, y a partir de ese momento, siempre este peligro estaría presente hasta el final, cuando los hombres lo llevarían a crucificar en un duro y áspero madero. Sí, el pesebre era profecía de la cruz. La única diferencia es que el pesebre, aunque fuese duro y áspero, fue construido con amor. La cruz, madero duro y áspero, fue construido por odio, por rechazo, por infamia y calumnia.

*¡Qué duro Madre, escuchar a los pocos días de nacido que ya querían matarle! Y tú que lo habías preservado escondido de ese mundo por nueve meses en tu Vientre, que lo acariciabas con la mayor ternura que pueda existir aquí en la tierra, que le diste tu cuerpo y tu sangre, que le alimentaste con todo lo que eras tú... le diste tu propio ser, para que El asumiera la humanidad de ti misma.*

Madre, hoy quiero, de alguna manera, no solo alegrarme con el Nacimiento de Jesús, sino que quiero comprender algo lo que tu corazón sentía. Todo en ti quería darle al mundo su Mesías, su salvador, y algo de ti sufría sabiendo que fuera de tu vientre ya El no estaría seguro. Gracias por tu fiat para entregar a Jesús inmediatamente después de nacer y ponerlo en el pesebre del mundo. Gracias por la delicadeza de esas mantitas y pañales que le preparaste, como lo hiciste siempre, hasta incluso ver como rasgaban las vestiduras que tú un día le hiciste con tus propias manos.



**La Navidad es tiempo de mucho agradecimiento** al Señor que quiso venir al mundo, vivir en el mundo, asumir nuestra humanidad en todo menos el pecado, pero sin excluirse o aliviarse de algún sufrimiento o vicisitudes de la vida humana. Dios se hace hombre para salvar a la humanidad. Debemos dar gracias a la Virgen por su amor materno, por su Vientre virginal y materno que fue el refugio del Niño Dios, y que le dio la primera experiencia de la vida en la tierra, una cultura, un ambiente de amor, paz, pureza y luz... Su vientre fue el primer hogar del Niño Jesús, donde solo pudo ver y sentir la grandeza del amor humano, imagen del amor divino.



La Navidad debe hacernos pensar que todo lo que Jesús hizo fue siempre una libre decisión suya, no estaba condicionado por nada, solo movido por el amor incondicional hacia su Padre y hacia la humanidad. Después de conocer la Ciudad de Dios en el Vientre de su Madre, la Ciudad de la Inmaculada, al nacer empezó a conocer la ciudad de los hombres, donde el amor no siempre reina, y donde el mal puede mover los corazones de muchos. Dos ciudades en contraposición y en batalla... y él venía para enseñarnos a construir la

Ciudad de Dios, el Reino de Dios en nuestros corazones y en el mundo. Si abriéramos el corazón y nos convirtiéramos auténticamente al contemplar al Niño en el pesebre, todos o por lo menos muchos, seríamos siervos y siervas que estaríamos al servicio de Jesús para construir una civilización, de amor, una Ciudad de Dios en el mundo y, por lo tanto, un mundo que sea hogar digno de la persona humana.



Les invito querida familia, a renovar nuestra consagración total a la Santísima Virgen, que es mucho más que una oración, por muy hermosa que sea, es entender que ya no vivimos como el mundo, sino que entramos en el Vientre Materno de Nuestra Señora, **a aprender a vivir en la Ciudad de Dios, en esa morada tan pura, santa y llena de Dios, que es el único refugio que puede liberarnos de nuestros pecados, de las inclinaciones bajas y de las fuerzas del enemigo infernal.**

El Vientre de la Virgen fue el refugio de Jesús y es también el nuestro, Así como Ella sabía el peligro que Jesús corría fuera de su vientre materno, Ella constantemente nos invita a entrar a vivir en Ella, con Ella, dentro de Ella y por Ella, tal como lo hizo Jesús, para protegernos de los fríos establos, los duros maderos, las fuerzas del mal, que quieren hacernos daño.

Hoy, víspera de Navidad, la primera lectura de la Santa Misa nos dice varias veces que El viene a liberarnos de los ataques de nuestros enemigos, de todos nuestros enemigos, empezando por los enemigos de nuestras almas y nuestra salvación. La forma más potente para ello es vivir en el refugio seguro y eterno del Vientre Materno y Virginal de María, bajo los latidos y direcciones de su Corazón Inmaculado. Solo en su Vientre Materno estamos seguros... Pues ella es el refugio más perfecto, el arca más perfecta para no sucumbir en los diluvios de estos tiempos. Ella es Madre y, a la vez, formadora del corazón humano. Dentro de Ella aprendemos no solo a conocer más profundamente a Jesús, nuestro Redentor, sino a aprender a ser como El, para ser luces encendidas esta Navidad, que iluminen las oscuridades del mundo. Que seamos como Jesús, niños y niñas que vivimos y crecemos en el Vientre Materno de María. Madre Nuestra, San José, llévennos al pesebre y enséñennos a ser pequeños como Jesús, para poder entrar en Su Reino, donde los pequeños y sencillos son los que lo comprenden y lo viven.

Bendecida Navidad, querida familia,

*Madre Adela, 6/12/14*  
*Fuendafuente*

